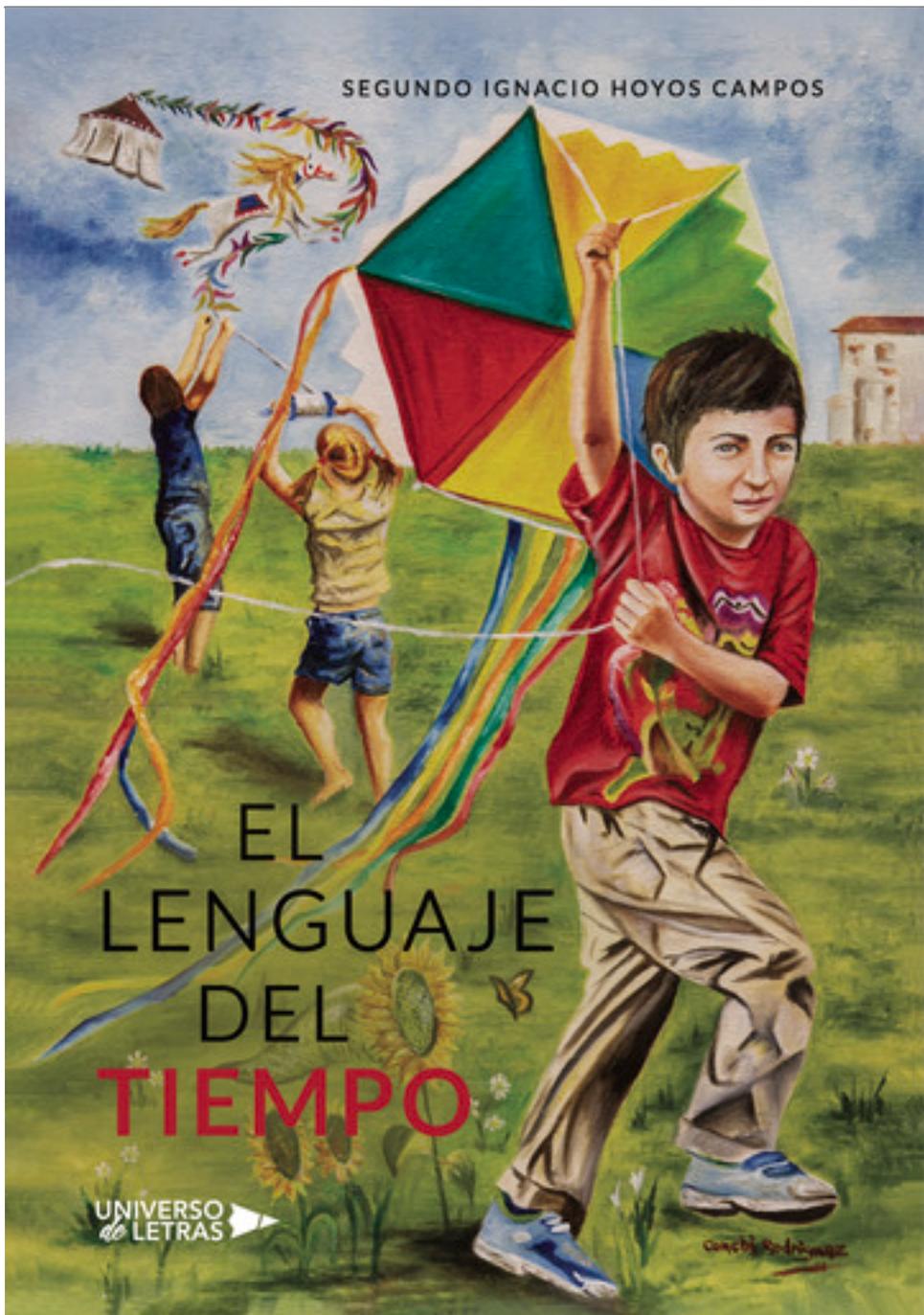


SEGUNDO IGNACIO HOYOS CAMPOS

EL
LENGUAJE
DEL
TIEMPO

UNIVERSO
de LETRAS

conchy Rodriguez



*A mis padres y hermanos,
por su apoyo incondicional.*

*Y a mi compañera, Carla, y a mis tres hijos,
que me impulsan a seguir adelante
en este camino difícil de las letras.*

Agradecimientos

Agradezco a mis amigos: Carlos Bancayan Llontop, Andrés Díaz Núñez, Nevenka Waltersdorfer Mendoza, Consuelo Salas Valladolid y Carlos Enríquez Martínez; también a mis compañeros de la Fuerza Aérea del Perú, el técnico Humberto Lumbreras Jiménez, el teniente Oscar Santa María, el suboficial Hugo Guillen Calderón y, en especial consideración, a Eduardo Guaylupo Roncal, que durante veintiséis años fuera el agregado de cultura de la Embajada del Perú en España, pues bien saben que con su generosa ayuda contribuyen a que todos sigamos soñando.

**Cuando no sepas dónde ir, sigue el perfume de un
sueño...**

Capítulo I

Como si no hubiera de amar a nadie, mi alma aún estaba quieta; como las aguas tranquilas de los grandes torrentes, que se formaban de manera natural gracias a las piedras, y que conseguían frenar la corriente continua que iba a desembocar al río Silaco, a algún otro curso de agua o al mar.

Si quisiera hablar del río Silaco, debería decir que es tan hermoso, tan grande, tan salvaje... Fluye de prisa, desciende como si la tierra se inclinara. Tremenda corriente que contemplo siempre, tan fuerte y enérgica que lo arrastra todo: piedras y árboles, tiempo atrás una chacra¹; e incluso se ha llevado a gente del pueblo. Hay una tempestad horrible que ruge en su interior.

En las pozas de ese río, día tras día, mis nudositas manos seguían jugando con el moribundo vuelo de las mariposas, que serpenteaban como candelillas flotantes sobre las aguas de cualquier pozo de forma insondable e infinita. Y, mientras husmea-

¹ Pequeña finca rural

ba los diferentes olores que se aglomeraban en el contorno de aquella atmósfera, iba ladeando la cabeza como un auténtico discípulo, para escuchar la confluencia de sonidos melancólicos y alegres, y mis oídos no dejaban de capturar la diversidad de consonancias que iban produciéndose en ese pequeño espacio de compacto follaje, donde los rayos solares difícilmente podían atravesar la luz.

Y fue así como me acostumbré a diferenciar los sonidos y armonías que originaba cada uno de los animales y, por aquel entonces, ya tenía la capacidad de guardarlos en un rincón de la memoria.

Al distrito de Chimbán, de la provincia de Chota, solo se podía ir de vacaciones una vez al año para visitar a los padres, abuelos o familiares. Yo soy el menor de dos hermanos y de dos hermanas; y a mí me siguen dos hermanas menores.

Un día mi padre me dijo:

—No me doy cuenta de lo rápido que vas creciendo; comprendo que en esta vida todos estamos envejeciendo más o menos deprisa. —En la oscuridad todo parecía acontecer de forma feliz e intensa, pues, hasta ese momento, nadie había muerto todavía.

Chimbán era el pueblo del antes y el después, muchas veces revivido y postergado, al que siempre añoramos volver: descarnadas montañas adornadas con pencas azules al lado de un río petrificado, desde donde se miraban las nubes y solo habitaba el viento, y restos de chullpas² desparramadas por todo el paisaje, edificadas en el vacío sobre filudas montañas. El panorama era indescriptible.

² Torres funerarias de origen aimara y quechua.

Yo solo contaba con diez años frágiles y el brillo de mis ojos caía sobre la hiedra verde, en aquellas tardes cálidas, ya de primavera. Hacia las nueve de la noche, cuando la oscuridad era absoluta y ni siquiera los caminos podían vislumbrarse, toda la gente del pueblo se refugiaba en sus casas, como de costumbre, para disponerse a dormir. Yo descansaba en una cama muy amplia junto a mis hermanas menores: Maribel, de ocho años, y Paola, de seis. Nos acompañaba también, en el mismo lecho, Estefanía, de veinte años de edad y complexión fuerte, cabellos negros —al igual que sus ojos grandes— y labios gruesos. Ella trabajaba de empleada doméstica y tenía la responsabilidad de despertarnos a los tres, cada vez que se podía, para evitar que nos orinásemos en la cama. Pero daba la casualidad de que Estefanía nos llamaba cuando ya todos estábamos mojados.

La cantidad de pullos, mantas de lana y frazadas se iban deteriorando conforme pasaban los años; orinarse en la cama una o dos veces durante la noche era ya un hábito normal. Fue en esa edad pueril que, a mí, me ocurrió algo muy raro, aunque mirara a solas el mundo que me rodeaba. Un día, sin pensarlo, fui más allá de la noche al encuentro de lo desconocido: al mismo centro de un silencio ininterrumpido.

La costumbre cotidiana sometida al tiempo y la convivencia diaria me hicieron víctima del amor; aunque se carezca de imaginación, a veces la rutina culmina en el apego y adhesión más intensos. La luz sangrienta del atardecer se resistía a desplazarse; cuando ya todo estaba oscuro, la luna, que en aquellas fechas cruzaba el firmamento llena, a veces tardaba mucho en salir. Los lamparines y luces interiores de la noche ya no estaban encendidos, solo se escuchaban los ronquidos y, a veces, quejidos de mis padres.

En ese preciso momento todos dormían. Apenas caía una llovizna insomne, unas sombras tristes sin movimiento, y yo, seguro de toda esa quietud, me levantaba en silencio de entre las sábanas y, con muchísimo sigilo, me acostaba al lado de Estefanía, quien me esperaba, como de costumbre, con los brazos abiertos y llenos de sensualidad.

Por otra parte, qué se podía esperar de mí; solo mi erotismo atemporal, que se fundía en un «sin comienzo ni final» con mi conciencia incognoscible, mi deseo impronunciable exento de apasionamiento. Estefanía, con sus cabellos largos, sueltos o prensados, en las espaldas de la noche, sus párpados simulando el sueño, fantaseaba sobre las blandas almohadas expandiendo lo exótico, tal vez, ya sonrojada.

Su piel, tibia y pulimentada como era menester por su lozanía, despejaba el pálido semblante, y transmitía una sensación de ondas palpables. Había que estar sordo y ciego para no reconocer la pasión de su mirada, a punto de sentir mi cuerpo ingenuo hundiéndose en el lacrimal de sus propias entrañas extendidas.

Yo contemplaba con anhelo la silueta tornasolada, que insinuaba la abundancia virginal de Estefanía. Mis manos desnudas, incendiadas noche tras noche, se abrían con lentitud y movimientos sinuosos hacia una inmensa rosa roja en el centro mismo de tan profunda oscuridad.

Pese a todo, quise cortar esa relación, sabía que todo aquello no era más que un vicio que me podía perjudicar al cabo del tiempo. Muchas veces quería olvidarme de esa costumbre; pero ella, escondida en los pliegues de mi silencio, nunca me abandonó, me acosó y persiguió. Clavó sus uñas en mi inocencia y se instaló en mi cuerpo y en mi alma: en todos sus deseos. Para

mí resultó terrible caer en la cuenta de que a lo largo de mucho tiempo aquella había sido mi única verdad.

Sentados en el bordillo de la acera del parque, muy cerca de la iglesia del pueblo de Chimbán, seguíamos debatiendo Rosendo Gálvez y yo acerca del futuro que nos esperaba. En nuestros rostros había una expresión de tristeza teñida de desilusión; estábamos en el último año de la escuela, cada uno contaba con doce años y ambos seguíamos viviendo en un pueblo alejado de todo, como era el caso de aquel distrito, a casi un día a lomo de caballo y dos días más en carretera hasta llegar a Lima. Allí no se podía esperar mucho. En aquellos momentos, no sabíamos si nuestros padres iban a enviarnos a la ciudad a continuar con nuestros estudios o si nos quedaríamos en Chimbán con objeto de dedicarnos a la agricultura para siempre.

Queríamos aprender muchas cosas. Saber, por ejemplo, cómo nuestros padres podían tener muchas cosechas de café, habas, maíz, patatas, etc. O qué hacer para que las vacas mejoraran su leche; o conocer los porqués de que nuestro pueblo estuviera tan atrasado. A veces no queríamos estudiar, nos sentíamos impotentes y desanimados por nuestro futuro, creíamos que trasegar entre los libros era una pérdida de tiempo.

Solíamos decir que nada de aquello que nos enseñaban en la escuela tenía gran utilidad: solo una saga interminable de héroes militares con nombres y fechas. Aparte, muchos de los padres no contaban con los recursos necesarios, la ayuda del Ministerio de Educación era escasa y, por ello, los alumnos nos dedi-

cábamos a organizar rifas, bingos y fiestas, buscando recaudar fondos para poder reparar, de esa manera, goteras y ventanas, o comprar tizas y carpetas para la escuela.

Era por esos motivos que Rosendo Gálvez, y también Rolando Chávez, habían decidido no continuar estudiando, porque sus padres no contaban con los medios económicos necesarios. Sabían muy bien que las jornadas de trabajo en el campo eran muy duras: acarrear el grano, cosechar el café, arar la tierra... Estaban al tanto, de igual manera, de que se pasarían el día chascando hojas de coca en espera de los buenos tiempos, que llegarían con los meses de abril, mayo y junio, estación de las cosechas del café. Era entonces cuando el pueblo entero se alegraba, porque el dinero de la venta del grano era el único recurso fuerte con el que podían contar para luego vivir durante todo el año.

Rosendo Gálvez, Rolando Chávez y yo siempre fuimos buenos amigos, y nos veíamos casi a cada instante porque nuestras casas quedaban frente a la plaza del pueblo, una a continuación de la otra.

Yo no lo pasaba tan bien que se diga con mi padre, debido a que este era muy estricto; como consecuencia de una mala nota calificativa que le llevara de la escuela, yo era severamente castigado, motivo por el cual se fue creando en mí una sensación de temor hacia mi progenitor. Debido a esos escarmientos, mi autoestima se resentía, e incluso había llegado al extremo de optar por el suicidio; cada vez que recibía un correctivo, huía de mi casa, y me liaba a caminar durante una hora hasta llegar al río Silaco. Sentado en el borde de una piedra peligrosa, me invadían negros pensamientos, y trataba de reunir valor para arrojarme a las aguas tumultuosas; pero después de permanecer mucho

tiempo triste hasta la consunción, reflexionaba, se me pasaba el resentimiento y me abstenía de dejar caer mi cuerpo al abismo.

En otras ocasiones, subía a la cima de los cerros más altos de Chimbán y me sentaba a llorar. Durante muchas horas, permanecía mirando el precipicio de aquel cerro, pensando en lo que quedaría de mi cuerpo después de caer, y cómo sería el mundo cuando uno ya no perteneciera a esta vida. En muchísimas ocasiones deseé abandonar mi casa, huir muy lejos, donde ya no supieran más de mí, sin pararme a pensar durante un solo instante que lo que hacía mi padre era desear lo mejor para su hijo. Tal vez, por ese motivo, en mi interior fue fecundándose una especie de sensibilidad, mientras que yo mismo trataba de descifrar el porqué de que todo aquel torrente de ideas saliera desde mis entrañas.

Tantas eran las huidas de mi casa para ir al río que terminé familiarizándome al dedillo con las inmediaciones de aquel afluente del Marañón. Era como si la energía de su curso de agua se hubiese metido dentro de mí, y me llegó a gustar el sonido que producía el caminar de su corriente. Porque yo ya no oía el fragor de las aguas, este había traspasado los tímpanos de mis oídos; a aquellas alturas yo tan solo escuchaba su auténtica esencia descompuesta en vivos colores, como si fuera luz a través de un prisma, pero sin dejar de percibir su sonido original. Cada vez que me tumbaba sobre una piedra grande en la orilla del río, escuchaba también los sonidos de la tierra, es decir, su lenguaje único. Mis pabellones auditivos parecían embudos comunicantes porque a través de ellos percibía los pasos de los caminantes, los relinchos de las acémilas, los chasquidos de los hierros, el armonioso orfeón que concertaban las ramas de los árboles, el chillido de las gallinas en los corrales, el relincho de los asnos, gritos,

el saludo de los vecinos, un latigazo en los cuartos traseros de un animal de carga, el zarandeo de los granos del café, el sonido de la campana... El viento aumentaba su ferocidad y todas esas resonancias también se disfrazaban, y yo me seguía llenando de todos los sonidos cada vez más y más, como si fuera una vieja vasija de barro; y cuando afilaba mi mirada para observar qué acontecía en las profundidades del agua, veía el sordo zumbido de la brisa, los labios de las sombras desnudas, los senos frescos del líquido elemento, el sonido de la muerte, la soledad del alma, en fin... muchas cosas.

Como ya he mencionado antes, Rosendo Gálvez y Rolando Chávez habían sido mis mejores amigos en la escuela, si bien, por circunstancias de la vida, nos tuvimos que separar. Yo, con un poco de suerte, logré viajar a Lima para estudiar en el colegio, pero siempre me venía la añoranza de los caminos, la lluvia, el viento, los truenos, el río que flanqueaba los pasos. Luego, las inhóspitas pampas y colores dramáticos; cada paso de separación de mi pueblo era como cambiar bruscos peldaños de la historia, como si el reloj de la patria se hubiese detenido en cada uno de ellos varios siglos atrás.

Capítulo II

En el pueblo de Chimbán, de la provincia de Chota, recuerdo que soplaban un viento que azotaba los techos de las casas, que tenían calamina, y parecía que los desplazaba. También algunas ramas de los árboles gigantes eran derribadas al suelo por causa de aquellas fuertes corrientes de aire. En invierno, este era ideal para hacer volar las cometas; sobre todo los domingos, que había competiciones. Recuerdo que las noches anteriores al día festivo yo no conseguía dormir: sufría insomnio y me movía en la cama de un lado a otro; incluso, envuelto en una manta de lana, salía de vez en cuando al patio de la casa a sentarme. Allí siempre encontraba a mi padre, en medio de la oscuridad, sentado en su banco de madera y chascando hojas de coca. Él sabía si al día siguiente iba a hacer buen tiempo; también tenía la costumbre de anunciar la visita de alguna persona con mucha antelación, y predecía de forma infalible la proximidad de los vientos y lluvias antes de que se anunciara, en el azul del cielo, la más pequeña nube. Lo presentaba por medio de las hojas de coca que chascaba durante las

noches. Él siempre vivía preocupado por los *sembríos*, las cosechas de café y maíz y los pastos para el ganado. Creo que era porque tenía muchas responsabilidades económicas.

Yo había aprendido a construir mi propia cometa. Con las propinas que me daba mi progenitor, iba juntando para comprar hilo, papel, cola y carrizo. Recuerdo que mi ayudante agarraba la cometa en posición vertical, alejada del suelo, y luego echaba a correr en la dirección del viento, para luego soltar el ingenio improvisado antes de sentir el tirón del hilo. Cuanto más largo fuera este, una vez remontado el vuelo, a más altura era capaz de ascender; eso si su estructura plana o tridimensional era de material ligero: una varilla transversal, otra longitudinal, la brida, la cuerda y la cola. Volaba en virtud de su superficie plana expuesta tras un ángulo determinado, lo que permitía que el aire se desviara hacia abajo.

Esa fuerte brisa, que era frenada por la parte inferior de la cometa, generaba así una depresión en el lado superior del plano de la misma, lo que generaba fuerza aerodinámica. Cuando empezaban a soplar los vientos invernales, comenzaban los preparativos: la gente compraba los materiales mencionados: cola, hilo, papel y carrizo...; había quienes, a veces, preparaban sus propios hilos, de una longitud entre ciento cincuenta y doscientos metros, metiéndolos en remojo en un recipiente que contuviera vidrio molido y cola. El vidrio lo conseguíamos de botellas rotas, luego se trituraba en un batán de piedra y se molía hasta convertirlo en polvo. Posteriormente, esas fibras remojadas se extendían en las ramas de las plantas de las fincas de café para dejarlas secar. Al día siguiente, una vez oreadas, había que enro-

llarlas en unos carretes de palo. Siempre se esperaba la llegada de esa estación, la estación de las cometas.

Recuerdo que un tal Esteban Pérez y yo éramos los mejores voladores de cometa; la gente nos respetaba. Teníamos cortes en casi todos los dedos de las manos, que nos picaban y sangraban como heridas de batalla y tardaban mucho tiempo en cicatrizar: algunas veces, te dejaban huella para toda la vida. Cada uno nos fabricábamos nuestra propia sierpe voladora que luego habrían de enfrentarse la una a la otra. Recuerdo que las primeras comenzaban a ascender en las horas iniciales de la mañana y la contienda no terminaba hasta que quedaba una sola cometa volando en el cielo de Chimbán: esa era la ganadora.

Un año se prolongó la competición hasta el anochecer. La gente del pueblo se congregaba en la plaza sentada en las aceras y dentro de sus balcones. El lugar estaba lleno y todos contemplaban el cielo de la localidad, colmado de cometas de variados colores; cada competidor intentaba romper el hilo de otro contrincante. Todo volador de cometa tenía a su ayudante para coger el carrete e ir soltando cuerda. El mío se llamaba Shalo; era pequeño y le gustaba vestir camisetas con el estampado del Che Guevara y pantalones vaqueros de manga ancha acampanados. Era muy raro verle con zapatillas porque solo usaba llanques³. Su pelo era castaño, y el tono claro de su piel resaltaba con sus camisetas oscuras. Por otro lado, había perdido a sus padres a temprana edad, y yo sospechaba que por eso su mirada parecía siempre triste.

Mientras yo intentaba colocar los ojos en mi cometa, tratando de conseguir ese ángulo correcto con el viento, la ilusión de

³ Sandalia rústica típica del Perú.

los cazadores era ver el instante en que uno de los artefactos voladores fuera derribado en el campo de batalla.

Los niños corrían persiguiendo la dirección de aquella que navegara a la deriva, dejándose llevar por el viento a grandes alturas, hasta que finalmente caía en los alrededores del pueblo sobre algún árbol, chacra, pradera o cerro. La persecución era intensa: la muchachada se abría paso por las calles y luego por los caminos de herradura; cruzaba los campos a empujones, esquivando arroyos y serpenteando entre los matorrales, fincas de café, plantaciones de maíz, cañaverales... Muchos de los propietarios de los terrenos reclamaban que sus plantas eran rotas por los cazadores de cometas. Era un trofeo coger una, pero el premio más ambicioso estaba en lograr la última de la competición.

Cuando en el cielo solo quedaban dos, todos se preparaban para conseguirlas; algunos se adelantaban al lugar de la caída, según se guiaban por la dirección en la que soplaban las corrientes de aire. La gente miraba al cielo de Chimbán con el cuello tieso y los ojos entrecerrados por las grandes alturas. En el preciso instante en que se rompía el hilo durante el duelo final, se formaba un laberinto.

A lo largo de mi infancia he visto volar muchas cometas, y algunos de los perseguidores ya me resultaban conocidos y eran muy buenos: siempre estaban en el lugar exacto donde caía uno de aquellos bonitos pájaros de tela y cuerda, esperando, como si fueran adivinos.

«¡Ahí viene! ¡Se dirige al cerro Cashapunta!», decía el Vizcacha mientras el índice de su mano derecha seguía señalando al cielo.